

LAS ESQUIRLAS DE LA LUZ. AURELIO TENO

La obra de Teno, caracterizada por una primigenia espiritualidad telúrica, idéntica a la que el propio Aurelio irradiaba, recrea, como la de ningún otro creador de Los Pedroches, una realidad mítica de poderosa energía, que brota de las grietas de la tierra que le enseñó a respirar, de la autenticidad de una mirada inquieta y reveladora y de la necesidad imperiosa de la fusión de materiales y emociones. No en vano, el artista nacido en El Soldado es capaz de establecer un fructífero diálogo con la madera, el metal, la piedra y los minerales nobles, confiriéndoles una nueva existencia. Cada golpe sobre ellos busca la forma simple de la que nace el misterio y hace saltar innumerables esquirlas que son en sí mismas la luz de un universo trágico y místico que, desde las entrañas de una tierra indómita y agreste, vuela por encima de nuestras existencias en una irrenunciable tendencia a lo extraordinario.

Teno no solo nos ha dejado como testimonio del hombre visceral que forjó las águilas, las princesas incas, los toros, los gallos o los monjes, sino que ha llegado a convertirse en un auténtico cincelador de paisajes con sus quijotes, con sus titanes, con su arcángel y, cómo no, con la reconstrucción del propio monasterio de Pedrique, ese espacio nutricional que él

ha sabido arrebatar al abandono y al paso del tiempo, convirtiéndolo en estudio y enclave privilegiado donde encontrar la serenidad y el equilibrio. Aurelio ha perseguido en estas producciones ciclópeas la verticalidad de un cielo hecho a medida del hombre que crea bajo él y ha conseguido integrarlas de un modo magistral y armónico en la naturaleza, de la que han pasado a formar parte, como un elemento más, por la inmortal mano del artista.

Su muerte supone, pues, la desaparición del creador más universal de Los Pedroches que, aparte de establecer un diálogo misterioso y alucinante con los materiales de sus creaciones hasta insuflarles una nueva vida, ha conseguido moldear cualquier paisaje, ya sea urbano o rural, y, lo que parece aún más sorprendente, nuestra propia mirada sobre el mismo, actuando como la lámpara que nos guía a través de la oscuridad hacia una realidad que nos supera y ante la que solo podemos asomarnos con la cautela del hombre que camina por las huellas que dejan testimonio de otro hombre capaz de mirar más allá del límite que alcanza nuestro ojo.

FRANCISCO ONIEVA

